

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

En Salamanca 4 rs. al mes llevado á casa de los Señores Suscritores, y fuera 5 franco de porte.

REDACCION DEL ALBUM.

Las reclamaciones se dirigirán á la Redaccion, calle de la Rua, núm. 15, francas de porte.



ALBUM SALMANTINO,

semanario de ciencias, literatura, bellas artes é intereses materiales.

MEMORIA

sobre la Universidad de Salamanca.

(Continuacion.)

Gustoso correria por los 6 siglos y medio, que ha que esta Academia existe, y en tanto espacio de tiempo encontraría tan sublimes matemáticos como Pedro Siruelo; tan primorosos músicos como el ciego Francisco Salinas; tan sólidos anticuarios y tan eruditos humanistas como Nebrija y el Brocense; y encontraría hombres sobresalientes, en todos, en muchos, ó en algunos de los inmensos ramos del humano saber. Me ceñiré solo á la facultad de

Teología, en la que quizás sin temeridad puede asegurarse, que ha aventajado Salamanca á todas las universidades de la cristiandad. Antes de haber cátedras de Teología en la Universidad, se leía y enseñaba esta divina ciencia en el colegio de San Esteban agregado á aquella, y en tal colegio se graduó en teología el bienaventurado Alvaro de Córdova, confesor de D. Juan II y de su madre Doña Catalina; persona que jamas olvidará la ciudad de Córdova, por Scalaceli que fundó, y por los grandes beneficios que dispensó á su provincia. Lope de Barrientos fue el primer catedrático de prima, que gozó de sueldo en Teología. El nombre de este famoso héroe resuena demasiado en las crónicas de D. Juan II, y

Enrique IV; siendo confesor del primero y maestro del segundo, obispo de Segovia, Avila y Cuenca, y uno de los que mas influencia tenian en la corte de estos reyes y sus consejos. Las obras que dió á luz, acreditan haber sido un sabio, y como á tal se le encomendó el examen de los escritos del Marqués Enrique de Villena. Muchos pueblos le son deudores de casas de beneficencia. En Salamanca edificó el Hospital que llaman de estudios, le dotó competentemente, curándose en él todos los años gran número de estudiantes pobres, con mucho cuidado y limpieza, no perdonando á gasto ni á cosa alguna para la buena cura de todos. En el día se encuentran en el las oficinas de la Universidad. En el mismo tiempo obtenia la cátedra de escritura el famoso Dr. Juan de Segovia, célebre escritor, enviado por esta Universidad como su diputado al concilio de Basilea, en donde se distinguió, é hizo uno de los mayores papeles en aquel congreso de sabios.

El sucesor en esta cátedra, el celeberrimo Alfonso Tostado, muy jóven, asistió al concilio de Basilea, y en Salamanca, y en Avila de donde fue obispo, trabajó y prestó innumerables servicios á la Iglesia y á las Naciones. Sus grandes y muchas obras están llenas de vastas y raras noticias, que suponen una inmensa lectura y un saber sin igual. A vista de tales escritos puede decirse que no es hiperbólico su epitafio. = *Hic stupor est mundi, qui scibile discutit omne.* » En el año de 1480 leyó con estraordinaria erudicion, y mucho fruto de los estudiantes, ya como propietario la cátedra de prima de Teología, que habia suplido por largo

tiempo el esclarecido y doctísimo varon Diego de Deza. A los 7 años le sacaron los Reyes Católicos para maestro del Príncipe D. Juan; adornándole sucesivamente con los obispados de Zamora, Salamanca, Jaen, Palencia, y los arzobispados de Sevilla y Toledo, con el cargo de inquisidor general, Canciller y Capellan mayor de sus Magestades. En tan alto concepto le tenian estos soberanos, que no hubo grave negocio en el Reino, que no consultasen con él. En Sevilla fundó para teólogos aquel famoso colegio de Santo Tomas, con todos los honores y prerogativas de Universidad, de donde han salido hombres eminentes, que han servido sobremanera á la iglesia y al estado. El Monotesaron y otras obras, que han salido de su pluma, hacen ver que era buen filósofo, buen letrado, buen político y completo teólogo. En la nota que se pondrá al fin, se hallarán las razones, para probar, que á él principalmente se debe el descubrimiento del nuevo mundo. Entró en la cátedra de prima el 1526, teniendo por contrario al famoso Margallo, colegial del Viejo, el venerable y sabio Francisco de Victoria. Su contrincante decia que nadie podia servir mejor en la escuela que él, pues no habia en el mundo hombre que mas estudiase, porque no dormia cada noche mas que 3 horas por estudiar. Pero los sólidos y profundos conocimientos que Victoria traia de Paris, y que los hizo lucir en las oposiciones, inclinaron á los electores á proveerla en él. No me detendré en formar el elogio de este virtuoso varon. Su discipulo Cano lo ha retratado á lo vivo en el libro 11 de los lugares Teológicos. Solo diré, que en su tiem-

po adelantó mucho la ciencia divina. Sus relaciones y sus comentarios sobre la *secunda secundæ*, de Santo Tomas, le dan á conocer como muy inteligente en materias divinas, morales, eclesiásticas y políticas. A este Maestro sucede su discípulo Cano el año de 1546. ¿Quién oye el nombre de Cano, que desde luego no se le represente un teólogo consumado? Los servicios que ha hecho al estado, no hay hombre de medianos conocimientos, que no los sepa. Los que ha hecho á la iglesia en el concilio Tridentino, el nos lo hace saber en su libro 11 donde dice, que allí hizo ver que era teólogo. El premio de estos servicios fué el obispado de Canarias; acepto obtuvo las Bulas, se consagró, pero luego renunció, pasando á Piedraita y despues á Valladolid, en donde al Emperador y la Iglesia no hizo menores servicios que los anteriormente prestados. Sus escritos son inimitables por el estilo, por el lenguaje, por la erudicion; cediendo en grande honor suyo, el que nadie ha podido completar las obras que el dejó incompletas. No van muy distantes de la verdad los que piensan que Cano es el mayor teólogo que ha tenido la España. Sucediole en 1552 Domingo Soto, que ya habia leído la cátedra de vísperas á la edad de 16 años. No puede haber elogio adecuado á los méritos de este grande hombre. El príncipe D. Felipe entró á oírle explicar por la tarde en el mismo dia que se veló en Salamanca con Doña Maria, princesa de Portugal, salió el Príncipe enamorado de su explicacion; preguntó por su nombre y patria, anotándole en su libro de memoria. Aquí es muy digno de notarse el rigor de esta Academia;

pues no se dió asueto el dia en que se veló el heredero de Carlos V en la misma ciudad. Siendo enviado al concilio de Trento tuvo la gloria singular de abrirle por medio de un discurso, que fue el primero que se pronunció en él. Su profunda sabiduría fué el alma en aquel Santo Sínodo; ningun dogma se definió sin tomar antes su parecer; redactó los primeros decretos conciliares en un estilo claro y fácil; premiado de los Padres con el timbre de unas manos asidas arrojando llamas, con este lema: *Fides quæ per dilectionem operatur*. Si aquella humildad, que le obligó á no aceptar el obispado de Segovia y á renunciar el ser confesor del Emperador, no hubiese dominado todo su espíritu, ¿como hubiera dejado éste de vanagloriarse al oír por todas partes: *qui scit Solum, scit totum*. Y al ver que los estudiantes en sus disputas aun viviendo el decian: *Argumentor auctoritate Magistri*. Murió con señales no vulgares de predestinado, como afirma su discípulo Bañez, que asistió á su muerte. En Salamanca estudió, aunque no fué del gremio y claustro, el no menos virtuoso, menos científico que el anterior, el gran Pedro de Soto. En un convento de la mas estrecha observancia se hallaba este hombre consagrado á su santificacion, y á la de sus prójimos, con pensamientos muy ajenos de las humanas grandezas. Y he aquí que le sorprende un correo de gabinete, que le entrega una cédula del Emperador nombrándole su confesor, y mandando que pasase luego á Alemania. Nada le vale para escusarse el ingenioso stratagemata que le sugirió su humildad. Hijo mio le dice al que se la entregó, hijo mio Y. viene equivo-

cado: yo soy un pobre religioso ignorante, la cédula á de ser para Pedro de Sotomayor, que con gran crédito enseñaba en Valladolid. Titubea el portador, pero vuelto en sí le pregunta ¿no se llama V. Pedro Soto? sí: ¿no vive V en Aranda? sí. Pues á Pedro Soto de Aranda es á quien viene dirigida la cédula. Pasa á Alemania, y por algunos años confiesa y dirige á Carlos V en los muchos y grandes negocios que se ofrecían, con aquella discrección y tino que observaba en todas las cosas. Fuese por el porte que el Emperador tuvo con el duque de Sajonia; fuese por el *interin*, que permitió; puntos que no se adaptaron á la delicada conciencia de Pedro; fuese en fin para dedicarse mejor á rebatir las heregías, renunció el cargo de confesor. Al punto promovió la universidad de Dilinghen; siendo el primer catedrático de prima, que en ella esplicó teología, rebatiendo con solidez y energía las malas doctrinas, que cundían en la infeliz Alemania. Felipe II le mandó pasar á Inglaterra, para limpiar las universidades de Oxford y Cambridje del fermento con que habían sido contaminadas por Bucero y Pedro Martir. Cuando pensaba descansar de sus trabajos en Talavera; se le ordena por Pio IV que pase á Trento: y aunque hizo las mas vivas diligencias para no ir, alegando su vejez é insuficiencia; nada le valió, pues el papa con mandato espreso le intimó, que fuese en su nombre, y como teólogo suyo diciéndole =ve con buen ánimo, que ya te conozco. En este Santo Concilio se dió á conocer por hombre verdaderamente sabio, ilustrando á los PP. quienes nada resolvían sin consultar antes con él,

aun cuando se hallaba enfermo. Allí defendió acérrimamente la autoridad de los Obispos y su residencia, ambos puntos como de derecho divino; y estando á los últimos de su vida escribió al Papa, para que los declarase tales. Allí confundió al heresiarca Brencio; especialmente haciéndole ver los errores que encerraba el titulo al parecer piadoso, que puso al Evangelio: «*Evan-*
» *gelium non est aliud, quam bona, et*
» *laeta annuntiatio de filio Dei domino*
» *nostro J. C. quod ipse solus sit ex-*
» *piator peccatorum nostrorum, et Re-*
» *demptor, et Salvator noster.*» Allí murió este héroe: y su muerte fue sentida del Papa, de toda la cristiandad y de los PP. del Concilio, que todos asistieron á sus solemnes funerales. Sus libros son muy buscados, se leen con provecho, no solo instruyen, sino que edifican, y mueven á la piedad.

(Se continuará.)

TIPOS ORIGINALES.

EL CORTO DE VISTA.

Achaque son de la mísera naturaleza humana esa multitud de defectos ó imperfecciones físicas con que salimos al mundo muchos de los dignos nietos de Adán, por mas que esto mismo sea la causa de que exista la belleza, que no conoceríamos, de seguro, sin el contraste de la deformidad. Entre todos estos defectos hay uno que, sin parecerlo, causa en el

pobre prógimo no pocas privaciones y tormentos, incomodidades y bochornos; aludimos á la cortedad de vista, bien sea congénita ó adquirida. El corto de vista debe renunciar á enamorarse por no sufrir tanto como le espera. Si ronda ó pasea la calle de su novia, y ésta vive en un cuarto piso, y aunque sea en principal, es inútil que busque la seña telegráfica desde la acera ó el portal de enfrente, sino va provisto de anteojos de aumento ó de un indispensable lentecillo. Acontecerále no pocas veces saludar al barbudo papá ó á la zafia fregona, creyendo dirigirse á la señora de sus pensamientos.

Si tiene cita en un paseo ó en otro lugar cualquiera de mucha concurrencia, se volverá tarumba en medio de las oleadas de gentes; sin encontrar el objeto de sus ansias. Divísalo por fin, acompañado de su mamá ó de dos amiguitas. Acércase mi hombre á incorporarse con ellas, salúdalas con la ya adquirida franqueza de mucho tiempo; mas ¡oh fatalidad! ha tocado el violon de lo lindo; es una familia desconocida que acoje con tremendas risotadas las torpes disculpas con que se despide para nunca mas pecar. Avergonzado y mohino, y suponiendo que no habrá salido de casa, se dirige nuestro miope á la de su amante, sube la escalera, y como conoce las andadas, cuélase por la primera puerta que ve abierta, se quita su sombrero y comienza á hacer cortesias. Bien pronto el olor de ajos y cochambre le saca de su lamentable error; se halla en la cocina, donde las robustas fregatrices acojen con un true-

no de sarcasmos y pullas aquel *lappus pedis* del miope señorito. Bramando como un toro y guiado por una de las Maritornes, dirígese con precipitacion á la sala de recibo, saluda á toda la reunion; pero busca con avidéz á la señora de la casa para ofrecerla sus respetos. Dice «á los pies de V.» á un oficial de caballería con grandes mostachos, tomándolo por una de las señoritas, y quiere abrazar creyendo que es un amigo y condiscípulo, á una pobre muchacha que acaba de salir del Colegio. Entre aquella confusion de trages y colorines, busca en vano á la que le tiene sorbido el seso, y se sienta lleno de despecho en un rincon de la sala, mientras otro mas lince pela la paba con la niña de autos, que no se cura gran cosa de llamar á nuestro miope y colocarlo á su lado. Para colmo de tantas torpezas ha dejado de saludar á una porcion de señoras y caballeros, que lo han estrañado mucho, y casi sin despedirse de nadie, sale de aquella casa, lleno de rabia y vergüenza. Otras veces acontece que, yendo con cuatro amigos, pasa á cierta distancia, fugáz como un relámpago una de esas españolas sílfides, de árabes ojos, cuello de cisne y cintura de Venus; todo esto lo han observado y aplaudido los demas; pero mientras nuestro hombre saca el lente y dirige la puntería, desaparece la vision y quédase á buenas noches.

Si sois corto de vista y no quereis anticipar la ceguera gastando anteojos de continuo, no busqueis los números de las casas y los rótulos de las calles, microscópicos en unos pueblos,

cubiertos en otros bajo enormes muestras ó borrados con el trascurso del tiempo. Renunciad también á ver las decoraciones de los teatros y las piernas de las bailarinas y los ciudadanos y ciudadanas de los palcos, lunetas y butacas. Podeis renunciar igualmente á ver las bellezas arquitectónicas, los cuadros y esculturas de los museos, los puntos de vista de los campos, las magníficas ruinas de la antigüedad, la maquinaria de las fábricas, todo cuanto merezca la revista ocular de un hombre de gusto, por poco desarrollado que á las artes lo tenga. Los gemelos, los anteojos y lentes, todo ese arsenal de óptica, que ahora se estila, suple muy bien aquella falta; pero no todos pueden costear esas engañosas máquinas para el órgano de la vision, y os acontece también que, aun teniéndolas, os las dejais olvidadas en casa, ó son insuficientes muchas veces y en determinados casos, sobre todo sino hay tiempo de dirigirlas con oportunidad. Vivis, por ejemplo, en una calle donde hay bellas y alegres vecinitas, y quereis, como hace cada quisque, pasar una escrupulosa revista por ventanas y balcones para dar fé con vuestros propios ojos; ya estais lucidos; nada vereis sino os calais las antiparras ó flechais el lente. Esto último, si lo llegais á hacer, parece impolitico y chabacano, porque la calle es harto angosta, aunque no tanto, que alcancéis á percibir las mugeriles facciones, y os acontece enamoraros de la mas fea. Echareis flores y requiebros á un tambor mayor, que se os antoja una Hebe, y dais con el balcon en

los hocicos á una linda muchacha, que habeis confundido con el vecino vetusto boticario ó con la sexagenaria viuda de un antiguo oidor del crimen. ¿Y si, siendo miope, os casais, por equivocacion (como no puede menos de suceder) con una mujer bonita?..... Renunciamos á describir escenas y catástrofes del género melo-mimodramático.

Si sois corto de vista debeis renunciar también á hacer viajes, porque nada vereis; un puente, una catedral y un ejército se os representará un tomillo, una mesa ó un rebaño de ovejas; lo contrario que sucedia al hidalgo manchego. Los puertos, los mares, los volcanes, las cataratas, los acueductos, los faros, los picos, los puentes, las selvas, los desiertos y los barrancos, todo pasa desapercibido y á oscuras para un corto de vista, que apenas alcanza desde cubierta la popa de su buque, ó, cuando mas, la estela que va dejando la quilla en la superficie de las aguas, y á duras penas la parada de postas en el acto de mudar los tiros, y si camina en Diligencia, porque si viaja en ferrocarril, buenas noches. Si sois corto de vista no debeis asistir á los parlamentos, ni á los tribunales, ni á las funciones gimnásticas, ni á las maniobras militares, ni á las exposiciones de industria, ni á los espectáculos de prestidigitacion, ni al hipódromo, ni á los toros, ni á las máscaras, ni á las iluminaciones públicas donde haya transparentes con versos, ni á ningun sitio, en una palabra, que pase de una vara en cuadro, que es el mas

ancho horizonte que pueden abarcar vuestras pobres pupilas; y sobre todo es inútil que recorrais la carrera de las grandes procesiones, inspeccionando, como todo el mundo, los adornados balcones, cuajados de innumerables, tentadoras bellezas. Si sois corto de vista, podeis hacer cuenta que obteneis una plaza de ciego honorario, meritorio ó aspirante á quedarse á oscuras en la primera propuesta, á poco que leáis ó estudiéis, escribais y lloreis.

El corto de vista comete todos los dias torpezas y desatenciones involuntarias. Calificasele de orgulloso ó distraido porque, fuera del alcance de su vista, le ha saludado una hermosa joven ó cualquiera otra persona, y el no la ha podido contestar. Se os hace señas desde un balcon para que subais, y esta *inocente* insinuacion pasa desapercibida, perdiéndoos no pocos buenos ratos. Si os entendeis por telégrafo con alguna muchacha, tomáis por azul lo que es blanco, confundis un colchon con un lorito y subis á la casa cuando el bueno de su papá está leyendo un periódico ó afeitándose; os pregunta muy formal en que puede servir, y no sabeis que contestarle, si es que no le espetais en sus barbas tierna amorosa declaracion, antes que se aperciba de vuestra llegada. Trocais, en una palabra todos los frenos, confundis todas las consignas, malograis y perdeis las mas propicias ocasiones, tocais el violon por todos los tonos; volvemos á repetirlo, el miope debe renunciar al amor.

Y debe renunciar tambien á una

porcion de carreras, profesiones y oficios. No puede ser ni médico, ni cirujano, ni militar, ni pintor, ni arquitecto, ni agente de policia, ni nada que requiera unos ojos de lince para ver y cortar y combatir y acuchillar y medir y copiar y tender el anzuelo. Sobre todo debe renunciar á la carrera diplomática; un diplomático corto de vista, (como muchos que conocemos) es un telescopio con cristales de corcho. En suma, el miope que tenga recursos irá pasando á trancas ó barrancas esta vida miserable; mas al miope sin dinero no le queda mas arbitrio que pedir que dentro de 500 años, poco mas ó menos, se funden en España buenos asilos de *inválidos civiles*, en especial para ciegos. Entonces debe acercarse al vestibulo de uno de ellos, y esperar resignado á que le toque la vez de vestir el uniforme de la casa y comer su rancho hospitalario.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ

No podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores sobre los magníficos versos y originales conceptos que encierra la siguiente composicion dirigida á Venecia por el Sr. D. Ventura Ruiz Aguilera. Con una mágia de poesía admirable, el poeta describe la historia, las guerras, la vida intelectual, las instituciones políticas y todos los elementos sociales de la antigua señora del Adriático. Cuando leemos producciones de un mérito tan poco comun, seriamos injustos si no tributásemos los mas sinceros elogios á su autor.

A VENECIA.

Gallarda *Mandonna* de faz hechicera,
nacida, cual perla, del fondo del mar,

las aguas azules del golfo te arrullan
de noche y de día con dulce compás.

El céfiro blando vestido de aromas
te besa mil veces, con tino, fugaz,
guirnalda de flores las islas te ciñen,
y el cielo de Italia corona real.

Tú fuiste el encanto de cien trovadores,
el mundo envidiaba tu fama inmortal,
y entonces, Venecia, muy lejos, muy lejos,
bramó del Adriático el recio huracán.

Ciudad de las fiestas, señora elegante,
así yo pudiera tus glorias cantar,
que el arpa ni un punto dejara en silencio
postrado á tus plantas por siempre jamás.

Allá en un principio tus frágiles barcas
apenas movían un leve rumor,
sesgando las olas con mudo silencio,
tan pobres, tan pobres, que nadie iba en pos.

Borrascas terribles dó quier te seguían,
el rayo del cielo tu frente abrasó,
y al bronco sonido del trueno espantoso
cantabas, Venecia, las iras de Dios.

Si así por los mares volabas perdida,
sin norte, ni rumbo, ni estrella, ni sol;
¿por qué de tus islas dejar la hermosura?
¿por qué tus festines, tus glorias de amor?

¿Acaso movida del canto de un mago
soñaste ambiciosa fortuna mejor?
¿ó viste algún signo brillar en los cielos,
pacífico signo que el bien te auguró?

De pronto te alzaste: si en frágiles barcas
apenas un tiempo moviste rumor,
después arrastraron tus flotas guerreras
los tronos del mundo que pobre te vió!

De Génova y Pisa las torres soberbias
pasmadas oyeron tu intrépida voz,
humilde las torres bajarou sus frentes
y el Leon de San Marcos rugiendo trepó.

De allí formidable mostraba sus garras
los ojos de lumbre clavando feroz,
hinchidas las venas de sangre enemiga,
su pecho temblando de inmensa ambición.

Sicilia y Moréa, cual pobres esclavas
que tímidas oyen la voz del Señor,
vinieron desnudas á darte sus cetros,
pintada en sus ojos acerba aliección;

Y Nápoles bella, Milán y Turquía,
triunfante escucharon tu ronco clamor,
en trances sangrientos venciste á la Grecia,
venciste á los rubios isleños de Albion.

Las altas potencias entonces dijeron:
—«El yugo rompamos de tanto poder,
que el pérfido acento de astuta sirena
«arrastra á sus playas de Europa el bajél.»

Lastierras de Chipre, de Mantua y Verona
pidieron los reyes cada uno á su vez,
de Brindis y Otranto, de Pádua y Vicencio
tus ricas diademas quisieron también.

Unidos los reyes en liga traidora,
cual bando de buitres se vieron caer,
y tú perseguida, de muerte acosada,
quedaste sin fuerzas allá en Agnadel.

¿Por qué no soltaba las roncadas tormentas
el dios de los mares, Neptuno cruel?

¿Por qué no corrieron sus negros caballos
de abismo en abismo guardándote ley?

Entonces el contrario muriera en las aguas
al verte ¡oh Venecia! con noble altivez,
del dios de los mares salvada en la concha,
con todos tus hijos, moderna Noé,

Las Ninfas del Adria, que en hondas cavernas
cantaban tus glorias, besando tus pies,
¡Cuán tristes lloraron, y cuál de sus frentes
cayeron las hojas de verde laurel!

El brazo robusto del pobre marino
apenas el remo podía mover,
marchaba cual reo que mira el cadalso,
cual tímida vírgen que pierde su bien.

Ni el coro festivo de tus gondoleros
vibraba en las ondas con dulce vavén,
las tiernas doncellas, errantes cual sombras,
las horas lloraban de antiguo placer.

Traidores, Venecia, traidores los reyes
que al cuello te echaron la pérfida red,
viniera uno solo, y el Adria le diera
magnífica tumba, sepulcro de rey.

Supiera que solo cobardes amaños
pudieron un tiempo tus fuerzas romper,
que á ser el combate leal, generoso,
perdido no hubieras allá en Agnadel.

¡Quién viviera, pescadora,
de tus playas en los bordes,
oyendo desde la aurora
ecos del agua sonora,
música de aves acordes!

¡Quién cruzára tus canales
en la noche solitaria,
contemplando en sus cristales
los palacios orientales
pintados en forma varia!

¡Quién pudiera iluminada
admirarte desde lejos
en noche oscura y callada,
y verte del mar copiada
en los límpidos espejos!

¡Y el *alerta* del guerrero
escuchar entre las olas,
y la canción del remero,
y el blando son hechicero
de las tiernas barcarolas!

Ciudad de magia y encanto,
prenda de Italia querida,
¿quién no templará su llanto
embriagado en placer tanto
como el que halaga tu vida?

Ligeras, voluptuosas
cual la brisa de los mares,
prendido el seno de rosas,
¿quién de tus hijas hermosas
se resistió á los cantares?

¡Verlas saltar de los barcos,
seductoras, fugitivas,
cruzar por entre los arcos
de la plaza de San Marcos
en las noches mas festivas!

¡Y allí de los carnavales
ver las máscaras inquietas,
con mantos, plumas y chales,
y romanos y vestales,
espadas, velos, caretas!

¡Qué algazara tan cumplida!
¡bullicio alegre y eterno!
asi es amable la vida,
y del dolor no es sentida
la amargura, ni el infierno.

Todos buscan su *signora*,
vá el moro tras la cristiana
y el cristiano tras la mora,
todo el pueblo se enamora
siquiera hasta la mañana.

Vá tras una monja loca
el barbudo capuchino,
y reniega de la toca
que guarda una linda boca
y un semblante peregrino.

Allí los trajes de oriente,
los antiguos españoles,
hierve en la plaza la gente
cada galan diligente
tras dos bellísimos soles.

Gritos, ayes y lamentos,
voces roncadas y chillonas,

y votos y juramentos,
locos, sábios, opulentos,
y payasos con coronas.

Pobres hombres sofocados
en medio de los corrillos,
y gitanos desalmados,
peregrinos y donados,
reverendos cerviguillos.....

Y en tanto que el pueblo danza
embriagado en el festejo,
sus *bravos* y esbirros lanza,
por interés ó venganza,
un sanguinario consejo.

En las plazas se asesina,
hay tósigo en los licores,
y un puñal tras cada esquina,
siempre en las sombras camina
una turba de traidores.

Allá el festin delicioso,
aquí todo yace en calma,
allá el suspiro amoroso,
aquí el suspiro espantoso,
del ¡ay! del que exhala el alma.

Tribunal atroz, nefando,
con las entrañas de hiena,
que en el misterio reinando
vé á Venecia agonizando
amarrada á una cadena.

Ojo cual de tigre hircana,
oreja que siempre escucha,
mónstruo que en órgia tirana
se bebe la sangre humana,
brazo que vence sin lucha.

Da á Venecia carnavales,
cuando en negros calabozos
apresta garfios, puñales,
y plomo hirviendo y dogales,
y abre el brocal de los pozos.

Por romper su tiranía
alzaron el pueblo entero
que la libertad pedia,
y ese fué el último dia
de Bayamonte y Faliero.

Mas la algazara cumplida,
el bullicio alegre, eterno,
hacen amable la vida,
y del dolor no es sentida
la amargura, ni el infierno.

Tienes, Venecia, un tesoro

de alabastro y esmeraldas,
plata, mármol, perlas y oro,
que son de templos decoro,
y mosaicos y guirnaldas.

De pinceles venecianos
tienes famosas pinturas,
y cual banda de milanos
monumentos soberanos
se pierden en las alturas.

La mar, esposa-elejida
de los Duces sus señores,
como tórtola querida
llega á tus plantas rendida
á cantarte sus amores.

La mar, rabiosa leona
cuando suenan tus clarines,
la que te dió la corona
llevando á distante zona
tus valientes paladines.

Asi el antiguo bardo cantarí
vagando errante por el golfo azul.....
hoy el sonido de estrangera lira
vibrá en la tumba donde yaces tú.

¡Venecia ya murió!... Siglos y siglos
señora la acataron de la mar,
y aterido cadáver de una reina
hoy en las aguas sepultada está.

Hecho trizas el manto de sus Duces
y oprimidas las garras del leon,
ya se hundieron sus nobles senadores
orgullosos un tiempo como el sol.

El moderno coloso de occidente
con los cascos la holló de su corcel,
y al áspero tronar de sus cañones
la corona de Dux ciñó á su sien.

Ufano vió con avarientos ojos
preséas ricas y tesoros mil,
y en hombros de robustos granaderos
de triunfo en prenda los llevó á Paris.

No en tí ensañó las bárbaras cuchillas
que en cien tremendas lides aguzó,
pues le distes las llaves de tu reino
sin resistencia ¡oh mengua! y sin valor.
-¡Sangre!-do quier, y-¡fuego!-murmuraba
los sables aprestando y el puñal,
volando entre guerreros escuadrones
en alas de su indómito alazan.

Si al bronco grito de su sed horrible
la guillotina sobre tí no alzó,
fué que al sonar de sus torcidas trompas
Venecia de su trono descendió.

Aquí de Francia el águila rapante
enclavó las banderas de San Luis,
cantando cual profética Sibila,
ébria de sangre tu funesto fin.

Ya las altas potencias no se afanan
el peso de tu yugo por romper
y no eres hoy la pérfida sirena
que á la Europa arrastraba en su bagel.

Ni los reyes te piden por esposa,
ni firmas altanera guerra ó paz,
y los pueblos.....¡ay triste! ya no vienen
atraillados á ver tu carnaval.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

YADESTE.

En los primeros años del imperio
de Oriente, pusieron en moda las da-
mas una especie de juego de prendas,
que consistia en no aceptar cosa algu-
na de la persona con quien se juga-
ba, sin pronunciar antes la palabra
yadeste. Duraba cada partida, como es
de imaginar, semanas y aun meses en-
teros, y la ganaba (y juntamente con
ella la prenda que tenia á bien exi-
gir) el que sorprendia á la persona
con quien tenia entablado el jue-
go, aceptando una friolera cualquiera
sin pronunciar esta palabra sacramen-
tal (1).

Hemos dado esta esplicacion por ser
indispensable para la buena intelligen-
cia de la anécdota que vamos á referir.

Compuso un austero filósofo de los

(1) Véase *Fisología del matrimonio*, tomo 2.º

pasados tiempos un libro, en que procuró reunir todas las astucias que emplea el sexo hermoso para engañar á los hombres; y á fin de precaverse contra las seducciones mugeriles, lo llevaba constantemente consigo. Yendo, pues, viajando por el desierto, le cogió la noche á corta distancia de un campamento de árabes, á cuya entrada estaba sentada, junto al tronco de una palmera, una jóven de extraordinaria hermosura, que, al verle llegar cansado y sudoso, le convidó, con la mayor gracia y cortesía imaginables, á entrar en su tienda, y tomar en ella el descanso que tanto habia menester, y ambas ofertas aceptó el filósofo, vencido no menos por sus instancias que por el halago de su hermosura. Estaba ausente á la sazón el marido de nuestra hermosa; y habiendo ella presentado al viagero inmediatamente, como diligente huésped, algunos dátiles frescos y una alcarraza llena de leche, no pudo él menos de sentir en sí algunos deseos amorosos, escitados por la soledad del sitio, por el blando calor del muelle tapiz sobre que estaba sentado, y mas que todo por la rara perfeccion de formas que no pudo menos de admirar en su huésped solitaria.--Pero temeroso de sucumbir á tantas tentaciones reunidas, sacó el filósofo su libro del bolsillo, y se puso á leer.

Desagradó, como es de imaginar, esta prueba de indiferencia á nuestra seductora sirena, y así dijo al filósofo con el acento mas melodioso que pudo:

--Muy interesante debe de ser ese libro cuando te parece el único objeto

digno de fijar tu atencion.... ¿podré, sin pasar por indiscreta, saber cual es la ciencia de que trata?...

Cabizbajo, y con tono algo seco, contestó el filósofo:

--El asunto de este libro no es de la competencia de las mugeres.

Escitó mas y mas la curiosidad de la jóven árabe la lacónica respuesta del filósofo.--Adelantó entonces, como por descuido, á los ojos del viagero uno de los mas menudos y delicados pies, cuya huella recibieron jamás las movibles arenas del desierto, lo que ocasionó en el filósofo numerosas distracciones.--No tardaron sus ojos en pasar del lindo pié de nuestra hermosa á su cintura y á su garganta, no menos seductoras, y acabó, en fin, por dar al traste con todos sus escrúpulos, el fuego que lanzaban los ardientes y negros ojos de la jóven asiática.

Volvió entonces á reiterar su pregunta con tímida y dulce voz, á la que respondió el ya seducido jóven:

--Yo soy el autor de esta obra, aunque, á decir verdad, el fondo de ella no me pertenece. Contiene todas las malicias y artimañas que han inventado las mugeres.

--Todas!... interrumpió admirada la jóven del desierto.

--Sí, todas; y solo á fuerza de estudiar constantemente á las mugeres, he llegado á conocer y evitar sus artificios.

--Ah! dijo la amable jóven, inclinando al suelo las largas pestañas de sus blanquísimos párpados.... y, lanzando luego repentinamente una ardiente mirada de amor al austero filósofo

sofo, le hizo olvidar en un punto su libro, y lo que en él se contenía. No tardó, arrastrado por una fuerza invencible, en aventurar una declaración amorosa.... Y que mucho! Brillaba en el cielo un azul purísimo, y las arenas del desierto resplandecían á lo lejos como una lámina de oro; el aura de la noche traía en sus alas todos los fuegos del amor, que reflejaba en su semblante la hermosa hija de Arabia; brillaban sus ojos húmedos de deleite y languidez, y con una leve inclinación de cabeza, que pareció imprimir un movimiento de ondulación á la luminosa atmósfera que la circundaba, consintió ella en escuchar las palabras de amor que suspiraba, prostrado á sus pies, el extranjero.

Entreveía ya nuestro filósofo un paraíso de venturas, cuando, oyendo el galope de un caballo que parecía acercarse con la rapidéz del viento, exclamó azorada la gallarda jóven:

--En nombre del Profeta escóndete en este cofre, si amas la vida!.... Mi marido vá á sorprenderte, y es celoso como un tigre!...

No viendo el aterrado filósofo otro modo para salir de aquel atolladero que el de hacer lo que se le decía; acurrucóse en el cofre lo mejor que pudo, cerróle en seguida su adorada, y guardóse la llave.

Entró en esto su esposo, cuyo buen humor escitaron en breve las caricias de nuestra heroína.

--Tengo, le dijo al cabo de un breve rato, que contarte una aventura muy original.

--Ya te escucho, gazela mia, res-

pouidió el árabe, sentándose sobre una pequeña alfombra turca, y cruzando las rodillas á la manera de oriental.

--Aquí ha venido, dijo, mientras tú estabas fuera una especie de filósofo que se gloría de haber reunido en un libro cuantas bellaquerías hace mi sexo, y esto no obstante se ha puesto á decirme amores.

-Amores!! exclamó el árabe.

-Y yo le escuchaba gustosa, añadió ella con la mayor serenidad.-Es jóven emprendedor... y en verdad que has llegado muy á tiempo, porque sino....

Al oír estas palabras desenvainó el árabe su cimitarra, rugiendo como un leon, y el filósofo, que desde el fondo del baul donde yacía, mas muerto que vivo, estaba oyéndolo todo, y daba diente con diente, maldecía entre sí su estrella, su libro y todos los hombres y mugeres de las tres Arabias.

--Fátima! exclamó el airado marido, si aprecias en algo la vida, dime al punto donde se oculta el traidor.....

Aterrada Fátima, al ver la tempestad que ella misma habia ocasionado, se arrojó á los pies de su esposo, y temblando bajo el puñal amenazador que resplandecía sobre su cabeza, indicó el cofre con una mirada tan tímida como rápida; y sacando la llave que llevaba á la cintura, se la presentó al celoso; pero en el momento mismo en que este se disponía á abrir el cofre, ardiendo en colérica saña, prorrumpió la maliciosa Fátima en una larga y sonora carcajada. Paróse el árabe confuso, mirando á su muger con inquietud y despecho.

--Venga la cadena de oro que tantas veces te he pedido inutilmente, dijo Fátima, saltando de alegría; venga, venga que has perdido el *yadeste*.... y.... esto te enseñará á no ser otra vez tan olvidadizo.

Estupefacto el marido, dejó caer la llave de entre sus manos, y presentó la prestigiosa cadena de oro, arrodillado ante su adorada Fátima, prometiéndole dar cuantas joyas trajesen las caravanas en todo aquel año, si renunciaba á emplear tan crueles artificios para ganar el *yadeste*. Entonces; como era árabe y no le gustaba perder una cadena de oro y una apuesta, volvió á montar á caballo, y fuese refunfuñando por aquellos vastos arenales, demasiado galan para mostrarse sentido, á presencia de su mujer.

Fátima entonces, sacando del baul al aterrado amante de Sofia, le dijo con mucha gravedad:

--No se olvide el señor filósofo de insertar esta anécdota en su preciosa coleccion.

LEYENDA FLAMENCA.

La historia que voy á referir se la he oido contar en el pais de Flandes á una linda jóven que se apoyaba dulcemente sobre mi brazo, una noche en la ribera del Escalda, rio caudaloso, sobre cuyas aguas reflejaba la luna como en un espejo. Allí estábamos solos sin mas testigos que las aves nocturnas que daban vueltas en el aire, sin otro

ruido que el producido por las olas al alejarse de la orilla.

«Habia allá bajo, dijo mi compañera, allí donde ahora se distingue esa casa que nos envia por intervalos los ecos de sus instrumentos de música y de sus gritos de alegría, un noble y vasto castillo, cuyo propietario habia seguido á la Tierra Santa al emperador Balduino. Hacía ya algunos años que Begga pedia á Dios en sus oraciones que le hiciese conocer cual habia sido el destino de su esposo; y lo pedia llorando, lo pedia al pie de los altares y lo pedia sin cesar, porque el pensamiento del regreso de su marido le daba alguna fuerza para alejar de sí otro pensamiento... El de Yans, el sobrino del conde, que de page imberbe que era cuando este marchó, se habia convertido en un jóven y elegante caballero, el mas agraciado de los conornos para llevar el casco y la coraza. Cuando la condesa lo miraba mudaba él de color y siempre que la dirigia la palabra lo hacia con voz balbuciente y temblorosa: Begga por su parte perdía de dia en dia el sonrosado de sus mejillas y bastaba para comprender que un mal lento la acometia y que insensiblemente se aproximaba á los bordes del sepulcro.

«Una mañana, tristemente recostada en su sillón habia la condesa mandado retirar á todas sus doncellas y la agitaban mil pensamientos que agravaban su padecimiento, cuando sintió pasos en la pieza inmediata; un frio glacial inundó su alma aumentando visiblemente con la presencia de un jóven que entró en la estancia.

«El jóven se detuvo, como si temiese avanzar mas y arrodillándose luego respetuosamente hizo un ademan de despedida y se levantó para alejarse en silencio: «Yans!» exclamó la condesa

-- «Si, señora, respondió aquel con una voz mezclada de sollozos, Yans que parte tambien para la Tierra Santa ¡Quién sabe si logrará descubrir la suerte que ha cabido al conde á quien llorais sin cesar!.... ¡Quién sabe si logrará realizar tambien otro pensamiento!

-- «Qué pensamiento, Yans! exclamó la condesa estremecida

-- «El de morir, señora.

-- «Morir! hablais de morir á vuestra edad!...

-- «¡Y qué importa la vida á quien sufre el tormento de un mal incurable?

-- «Hablad, oh! hablad! Yans, exclamó la condesa fuera de sí; hablad y que Dios os proteja.»

«Y se cubria el rostro con sus manos calenturientas.

«Sin embargo él no habló y cuando llegó la noche los encontró el uno al lado del otro; la condesa llorando cubierto el rostro con su pañuelo y Yans á sus pies renovando el juramento de morir por ella.

-- «Partid, dijo al fin la condesa con voz agonizante: partid y Dios nos perdone! partid y ¡ojala! que una vida de penitencia espie este dia de triste felicidad. Partid, id á combatir á la Tierra Santa y no os acordeis de mí sino para pedir á Dios en vuestras oraciones que me juzgue segun su misericordia y no conforme á su justicia.

«El caballero Yans partió á la mañana siguiente, las doncellas de la condesa lloraban, no en el camino que conduce á la mar, sino al lado de un lecho fúnebre repitiendo: «La condesa ha muerto: Dios tenga piedad de nuestra buena señora.»

Despues quisieron enterrar el cuerpo inanimado trasladándolo á su capilla del castillo, pero un gran crucifijo de marfil apareció repentinamente en la puerta y con los brazos estendidos y voz aterradora dijo impidiendo el paso:

-- El cuerpo de la condesa permanecerá en este lugar y su alma á las puertas del paraiso hasta que el caballero Yans haya recitado un *De Profundis* por ella.

«Pero ay! dias, meses, años y siglos pasaron y el cuerpo de la condesa no pudo sacarse del gabinete mortuario. Solamente una noche hubo una gran crecida en la Escalda y las aguas se llevaron el castillo y el cadáver de Begga.

«Los marineros dicen que en la noche de ciertos dias se vé errar por las olas una muger llorosa que estiende los brazos al cielo, pero al rayar la aurora se la vé de nuevo sumergirse en el fondo de las aguas.»

He aqui la historia que he oido contar en el pais de Flandes, á una linda jóven, que me la referia una noche apoyada dulcemente en mi brazo.

E. BERTHOUD.

MODAS.

Con la temperatura fria y destem-

plada de estos últimos días, nuestras elegantes han tenido que tomar partido, y reemplazar con vestidos ó de color oscuro, de seda ó popelina, los mas vistosos y frescos de barés y granadina, que una primavera prematura les habia hecho anticipar.

Este contratiempo, sin embargo, no es un tiempo perdido para la Moda; son días de alto y de reflexion, en los que el talento inventor de las modistas afamadas medita graciosas innovaciones, que anunciaremos, sin duda á nuestras lectoras en las revistas próximas. Los fabricantes tambien han preparado novedades admirables, cuyas disposiciones han sido inspiradas por la guerra de Oriente: cifras árabes, dibujos persas, tejidos que imitan á los de Esmira y de Damasco vendrán á sorprendernos agradablemente. En la visutería se observa la misma tendencia al gusto oriental: los brazaletes, agujas, y toda clase de joyas, lindamente cinceladas, traen adornos de medias-lunas ó estandartes turcos. Hay sobre todas una moda oriental siempre permanente; los chales de rico cachemir, tan á propósito para estos días tan desapacibles de primavera, en los que una hermosa, encontrando ya estemporáneas las pieles, se envuelve deliciosamente en su suave y sedoso tejido, que ciñéndose á su flexible talle, deja adivinar sus airosos contornos. Los *persas*, bordados de oro y seda son los mas distinguidos, y de ellos se encuentra un brillante surtido en la *Exposicion de Londres* de la calle de la Montera, y en los almacenes, que habiendo tenido que abandonar sus

reales de la calle del Cármen, han inaugurado brillantemente su aparicion en la calle de Espoz y Mina.

Un chal de fondo negro de palmas ú otros dibujos variados, en oro y seda, de colores compuestos, con un vestido de grós negro, ó azul Luisa, y un sombrero de paja de Italia, adornado con cintas blancas y flores de albérrchigo, forman una toilette tan sencilla como distinguida.

Hay muchas, sin embargo, que prefieren la manteleta, y estas han reemplazado con las de tafetan ó las de muselina, que con profusion de lazos de cinta en sus adornos principiamos á ver en las semanas anteriores. La forma y adyacentes de las manteletas varían hasta lo infinito: la *pelisse* va cediendo poco á poco, aunque parece la destinada para los viajes veraniegos y paseos de noche á orillas de la mar, ó en las provincias del Norte. Las de novedad son una especie de talmas, algo cortas, de seda, con bordados de paja, como el que representa nuestro figurin. Se llevan de todos colores: nosotros lo damos en blanco para que se comprenda mejor el efecto del bordado en paja, que por sus lindas disposiciones está llamado á ser un género de adorno de los preferidos en este verano.

La chaquetita que presenta nuestro figurin es de un efecto sumamente gracioso para casa, y como tal ha sido aceptada por los señores de buen gusto. Se guarnecen indistintamente de blonda, cinta ó flequillo.

(*Correo de la Moda.*)

VARIEDADES.

ARPA.—El origen de este instrumento, según los autores del *Diccionario de los Orígenes* es antiquísimo. Usaronla los egipcios, y los antiguos le llamaron *trigonon* por su figura triangular. La Sagrada escritura nos dice, que el rey David cantaba las alabanzas del Señor, acompañándose con el *arpa*; pero es muy creíble que el arpa de este profeta sería muy diferente de las nuestras, pues de lo contrario no hubiera podido bailar y tocar á un mismo tiempo delante del arca del testamento. El arpa á veces se confunde con la lira y también es uno de los símbolos de las musas.

El *arpa eólica*, llamada así de *Eólo*, es un instrumento compuesto de doce cuerdas, el cual, colocado horizontalmente es una ventana por donde entra el aire, produce un sonido agradable, agitando el aire mismo suavemente todas las doce cuerdas á un tiempo: y como *Eólo*, según la mitología, es el dios de los vientos, y ellos son los que producen el sonido, se le ha dado á este instrumento el nombre de *arpa eólica*.

El arpa de los griegos y de los romanos era de marfil con siete cuerdas. Llamabanla *septacordo*, y hacían uso de ella en los sacrificios. El arpa era muy común en los tiempos de la antigua caballería, y muy familiar á los antiguos irlandeses y escoceses, tanto que todavía es una parte integrante de las armas de Irlanda. Este instrumento con el transcurso del

tiempo ha tenido muchas formas, variando igualmente el número de sus cuerdas, que llegan á ser hasta 36.

Lucas Antonio Eustaquio, hidalgo napolitano, y camarero del papa Paulo V, inventó el arpa con tres órdenes de cuerdas. La historia hace mención de un profesor de arpa que vivía en el reinado de Enrique II rey de Dinamarca, y se dice de él que era tanta su destreza, que conducía por grados á los que le oían, desde la más tranquila calma al furor más exaltado.

Lo mismo se cuenta del griego Timoteo, el cual, cantando al son de su lira el estrago que hicieron los persas, mutilando 4,000 griegos, escitó de tal modo el furor del grande Alejandro, que este mandó quemar á Persépolis, antigua capital de los persas y una de las ciudades más considerables del Asia y del mundo. Admiran aun en el día los viajeros los restos del palacio de Darío; un número considerable de columnas, unas enteras y otras rotas, manifiestan todavía su magnificencia. Otros atribuyen este acto atroz de Alejandro á embriaguez y á las sugerencias de la cortesana Thais. Como quiera que sea, es indudable que los efectos escitados por la influencia de la música son grandes y poderosos, y que impresionan vivamente el corazón.

SALAMANCA.—1854.

IMPRESA DE D. B. MARTIN Y COMPAÑÍA.